— No me ha visto, aunque le grité.

— Bien; pero si está aquí, pronto le encontraremos.

Alejandra no cabía en sí de gozo; esa misma tarde esperaba abrazar á Jorge.

Al otro día por la mañana, Alejandra, Anita y Tula, salían para Tacámbaro, siguiendo á Diego que se había dado de alta en un escuadrón de las fuerzas republicanas.

Margarita, que había estado bajo el mismo techo que su hija, y á su lado, sin conocerla, se despedía de ellas en la plaza de Zitácuaro, prefiriendo en sus caricias á Anita, con quien la unía el vínculo de un gran beneficio.

Para Alejandra tuvo sólo un saludo de simple conocida.

Sólo en las novelas antiguas la sangre hablaba y descubría secretos.

IX

Algo de historia

El triunfo de Zitácuaro había sido brillante; pero en aquellos días un triunfo era casi una ilusión: ningún resultado definitivo se obtenía, y sólo se aventajaba levantar el ánimo de los soldados, hacerse de algunos elementos de guerra y dar señales de vida, para que el Imperio no se creyese ya completamente establecido.

Estos combates, estériles generalmente en sus resultados, eran la protesta de la nación contra el proyecto de esclavizarla; eran la honra de México, que no sucumbía sin combatir; eran la prueba de su desgracia, pero no de su degradación.

Cuando un pueblo que lucha por su independencia no se acobarda ni cede, viendo sus ejércitos derrotados, sus

principales caudillos muertos ó prisioneros, sus elementos de guerra destruídos; cuando la pérdida de sus grandes ciudades no le desalienta, y sigue luchando, y encuentra jefes, y caudillos, y generales, en todos los que siguen con lealtad y constancia sus banderas, entonces este pueblo saldrá victorioso, aunque esté oprimido y vencido; será libre, aunque esté esclavizado; llegará á sentarse en el Tabor, aunque sangrado y adolorido, sienta prolongarse por muchos días su Calvario.

Las naciones, como Jesucristo, tienen su Tabor y su Calvario.

Sólo que el Hombre-Dios pasó primero por la transfiguración y después por la Cruz, y en las naciones casi siempre es lo contrario.

Porque las naciones se componen de hombres.

Y es necesario el espíritu de un Dios para soportar un Calvario después de pisar el Tabor.

La fortuna había tenido una sonrisa para México. Casi en los mismos días en que pasaban los acontecimientos que hemos referido, el general Salazar volvía de su expedición por el Sur de Jalisco, y llegaba al pueblo de los Reyes, al Oeste de Michoacán: allí una columna mixta de imperiales y franceses le sorprende en los momentos en que su caballería estaba á más de tres leguas de distancia; los asaltantes llegan hasta la plaza: Carlos Salazar, en medio de sus soldados, con su elevada talla, su

voz de trueno y su energía casi salvaje, se arroja sobre el enemigo, le arrolla, le vence, coge prisionero al jefe, y consigue, aunque por pocos días, verse libre de toda persecución.

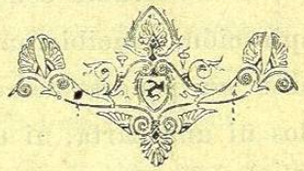
El general Pueblita atraviesa rápidamente las líneas enemigas y se arroja sobre la guarnición de Quiroga, ciudad que dista diez leguas de Morelia: un día se resisten los defensores de la plaza; pero en la noche salen de allí furtivamente, y Pueblita entra vencedor.

Pero todos comprendían la necesidad de reunirse y buscar una organización y un plan general de operaciones, para de esta manera poder obrar todos en acuerdo, siguiendo las inspiraciones de una sola cabeza, de una sola inteligencia: y es admirable como todos los jefes, como por una inspiración, concibieron el mismo pensamiento, y resolvieron, sin ponerse de acuerdo, sin haber mediado entre ellos ni una carta, ni un simple recado, dirigirse á Tacámbaro, como lugar de reunión.

Los franceses, que guarnecían esta plaza, la desocuparon al tener noticia de los movimientos de las fuerzas republicanas, y ocho días después de la toma de Zitácuaro, todos los jefes y todas las fuerzas que componían el ejército republicano estaban en Tacámbaro recibiendo una organización y un plan de campaña, que, á pesar de las diversas peripecias y de los grandes golpes que tuvo que sufrir el ejército, debió subsistir

con pocas diferencias, hasta el completo triunfo de la República.

Providenciales ciertamente fueron estos hechos, que dieron vigor y esperanza á un ejército que estaba á punto de sucumbir.



LIBRO QUINTO

EN MÉXICO

I

México

Allí está México... Dejad que hable mi corazón.

¡México! El ensueño, la ilusión, la esperanza de los pobres chinacos, que sin pan y sin abrigo, vagaban en los bosques, perseguidos y despreciados, delirando con la idea de plantar su estandarte sobre los palacios de Moctezuma y de Cortés.

Allí está México.

¡Cuánto hechizo encierra ese nombre para el proscrito, que antes de sentir en su frente la sombra del pabellón invasor, prefiere comer el amargo pan de la miseria, y ser extranjero donde debe serlo!

Allí está México.